

Como homenaje a la plástica cubana de tema azucarero, se ha ilustrado este dossier con las siguientes piezas, en orden de aparición: *La carreta*, Federico Amerigo; *S/t I y II*, Yuri Limonte; *Jesús Menéndez* (detalle), Adigio Benítez; *Paisaje cubano*, Marcelo Pogolotti; *S/t*, col. part. Miguel Lima Villar; *Central Santo Tomás*, col. part. José Martín Suárez; *El buey*, Flora Fong; *S/t* col. part. Miguel Lima Villar.

LA callada molienda.

Poemas cubanos sobre la
caña de azúcar





los ilustres apellidos del horror y la abundancia:
Borrell, Cantero, Malimbrán
y se quedan absortos ante los cubiertos de plata,
ante las vajillas familiares
encargadas a la vieja Europa:
Sevres, Sajonia, Baccarat.
Verdaderamente fueron
los amos, los dueños, los señores,
pues nada les fue vedado
en el apogeo de esta villa.
Una extraña seducción ejerce la alcurnia
aunque esté asentada sobre la sangre.
¡Ah, lecciones de arquitectura
y de historia nacional, que han aprendido!
niños escuálidos —que Ponce no sabría pintar—
extienden la mano a través de la balaustrada
o corren sobre el adoquín
persiguiendo a los nuevos amos,
a los nuevos dueños, a los nuevos señores.
Los estudiantes miran con asombro:
quisieran podar esos gestos,
quisieran borrar la imagen de las casas
con la torre de la Iglesia San Francisco al fondo:
la imagen acuñada en cierta moneda
de veinticinco centavos,
que hombres de apellido impronunciable
entregan frente al museo,
como si de alguna forma —terrible forma—
devolvieran la ciudad.

Sergio García Zamora
(Esperanza, 1986)

el ritmo de esta cuadra sigue así.
el nuevo panadero se llama Iván.

Oscar Cruz

(Santiago de Cuba, 1979)

PIEZAS

En el paseo de Santa Lucía.

Miro cada rueda dentada, cada pieza que ahora puedo tocar, espero encima de estos hierros que van perdiendo fragmentos. Miro. Ya no podrán moler, ya no podrán cristalizar el dulzor de este país. Disuelto un poco de azúcar y mis ojos ven a los negros en los trapiches, mi ojo crece en lo que observa: ingenios, cañaverales, piezas tiradas, chimeneas truncas. Hierro manchando estos días. Cementerios de industrias, parque de hierros, muertos sin misas, cadáveres al descubierto.

Yanier H. Palao

(Holguín, 1981)

A PROPÓSITO DE UNA VISITA A LA VILLA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

A la villa de la Santísima Trinidad
—sitio que otrora fuese el esplendor
en tiempos de servidumbre—
los estudiantes han ido.
Lecciones de arquitectura
y de historia nacional, deben aprender:
cuánto importa el adoquín y la balaustrada
o el Valle de los Ingenios
—que ahora mismo podría nombrarse
el Valle de los Reyes—,
con su torre Iznaga como un obelisco.
No tenemos pirámides,
sino la memoria del ingenio.
Los estudiantes anotan en sus cuadernos

Como una bitácora que narra su nacimiento, esplendor y agonía, la poesía cubana se ha tensado en representar la persistente metáfora identitaria que resulta para nosotros la caña de azúcar.

De Gabriel de la Concepción Valdés a Achy Obejas, de Agustín Acosta a José Luis Santos; se complejiza un entramado sígnico que no solo fija para la literatura nacional la focalización de un ojo crítico, que ora bendice, ora se lamenta ante la gramínea; sino que —y este muestrario de dieciocho voces es prueba fehaciente—, se puede evidenciar sin duda alguna, cómo la implantación de la economía azucarera en la Isla en el siglo XVI, se torna factor primigenio para acrisolar la forja de la cubanidad, y que le permite a su vez ejercerse desde ella misma, como defensora de un estatus vivencial, ante la posible desaparición de la imagen *constante* del azúcar para la Cuba del nuevo milenio, que supondría, por ende, su laceramiento.

EL CORTE DE CAÑA

Es noche. En los bohíos la luz está encendida.
Los gallos agudizan sus cantos a la vida.
El rocío ha mojado los campos aún sombríos.
Olor de café fresco despierta en los bohíos;
y constante a la noche abre torcidas grietas
un monótono y áspero rechinar de carretas.

¡La zafra! ¡Es que comienza la zafra! ¡Qué alegría...!
En las cañas se cuaja el cristalino temblor...
Y brillarán las mochas antes que apunte el día...
(El buey ya sabe de su misión.)

El acero, al cortar el despajado fruto,
lanza al naciente sol su nota musical;
y la caña le ofrece el óptimo tributo
de su dulzura de panal.

Que si perfuma el sándalo el hacha que lo hiere,
la caña, generosa y orgullosa también,
al corto acero rústico acaso brindar quiere
la maravilla de su miel.



EL AMOR

las nenas de mi cuadra esperan El amor.
El amor es un negro dotado de 1.80 m. de alto.
dientes firmes, ojos firmes, y una complexión
fibrosa que resalta su presencia. cada tarde
pasa por mi calle con un saco lleno de panes
que revende a 5 pesos. las casadas hacen sus
pedidos:
«El amor déjame uno».
«Pasa por aquí».
«están calientes».
«oye, espera, no te vayas».
«recuerda que me debes algo».
—ah, sí.

cada tarde la misma musiquita.
entonces, él suena su silbato y pregona con
potencia sus bondades. las casadas ya
comentan entre ellas los valores de El amor.
algunas no quieren ni comer si él no pasa.

hace días que está ausente.

el marido de Chiqui, hombre sin igual,
joven militante y consecuente, que había
estado varios meses en la caña, le metió tres
puñaladas. el central donde cortaba no
cumplió y el hombre ha venido desahuciado.
lo cierto es que El amor está muy grave
y ya no pasa.

cosas como estas no debieran de pasar.
comenta con angustia mi mujer, poniéndome
en la mesa mi bocado.

LA CALLADA MOLIENDA

¿Y a quién le hablaremos de molienda,
con las manos lejos del corte,
de la ondulante caña
que tampoco está?
¿A quién le contaremos del pitazo
a las tres de la mañana?
(El zumbido que permanece
cuerpo adentro,
abocado en los tímpanos,
que reverbera entre el ceño
de vez en vez,
unipersonal y mecánico
hasta el fin del tiempo muerto).
¿A quién le enseñaremos
cómo se vive del surco
y del agua compartida
en la tinaja de barro?
Porque ya nadie conduce
las carretas rechinantes,
los alcoholes de la miel,
esos que solo transitan ahora
por las gargantas sedientas.
¿Qué hacer con tanto sombrero de guano,
con tanta camisa de caqui
y pantalón de mezclilla?
¿Con el machete en el portal
y una báscula al vacío?
Pregúntenle a este enmudecido terraplén
a qué sabe el azúcar de la desmemoria.

Maylan Álvarez

(Unión de Reyes, 1978)

A Mayreen y Liuvan, por lo
que somos.

Porque la caña es como un alma nazarena
que su dulzura ofrece a toda crueldad;
que da néctar al agrio filo que la cercena,
y al hierro que la estruja opone su bondad.

¡La zafra...! ¡Qué alegría...! El sol que nace echa
Anticipado oro sobre el cuadro rural.
Baco de las vendimias auspicia la cosecha,
oculto en el cañaverál.

El manso buey devora cogollos relucientes;
y junto a las pirámides de cañas cortadas
las carretas alargan sus pértigos salientes,
y abren su dentadura las recias estacadas.

La caña salta al golpe de la mocha blandida
por el brazo certero... y luego de trazar
un arco en el espacio —música suspendida—
cae sobre el montículo de cañas a cargar.

Las abejas se asombran y salen de su nido
—rubias presentidoras de un provecho mejor—
a chupar los panales que ellas no han construido,
ávidas de saber dónde brota esa flor...

Dónde brota esa flor que sin ardua faena
de abejas obedientes a la ley del panal,
hace de cada caña una absurda colmena,
más dulce que su propio palacio de cristal...!

Agustín Acosta

(Matanzas, 1886-Miami, 1979)

ELEGÍA A JESÚS MENÉNDEZ

III

*...si no hay entre nosotros
hombre a quien este bárbaro no afrente?*

LOPE DE VEGA

Mirad al Capitán del Odio,
entre un buitre y una serpiente;
amargo gemido lo busca,
metálico viento lo envuelve.
En una ráfaga de pólvora
su rostro lívido se pierde;
parte a caballo y es de noche,
pero tras él corre la Muerte.

Allá donde anda su revólver
en diálogos con su machete
y le velan cuatro fusiles
el pesado sueño que duerme,
libre prisión un alto muro
su duro asilo le concede.
¡Oh capitán, el bien guardado!
Pero tras él corre la Muerte.

Quien le cuajara en nueve lunas
el violento perfil terrestre,
si doce meses lo maldice,
también lo llora doce meses.
Un angustiado puente líquido
de rojas lágrimas le tiende:
lo pasa huyendo el capitán
pero tras él corre la Muerte.

Quien le engendró dientes de lobo
soñándole angélica veste,
el ojo fijo arder le mira

-VI-

EXILIO

Sobre una idea de Manuel Díaz Martínez
Para M. D. M.

Aquí donde no hay mar es verde el viento
y es espuma y es sal todo el mercado
pasa sólo que ardiendo en los costados
lleva la ciudad su movimiento.

Aquí donde no hay cañas el aliento
vale un saludo dulce —resguardado—,
únicamente duelen los candados
que ha puesto el ministerio a los asientos.

Aquí donde el suspiro deja huellas
iré quedando preso en las estrellas
que tiñen de valor la patria ausente

y esta escasa palabra en que me pierdo
un día no será sino el recuerdo
de haber llovido solo, tenazmente.

Senén O. Pupo
(Holguín, 1973)



en un puñado de arena.
Vivir de la tierra que cabe en los bolsillos.

O acaso morir, ya sin azúcar.

Gaudencio Rodríguez Santana

(Perico, 1969)

PLEGARIA A UNA FOTO DE MARTÍ ENTRE LAS CAÑAS

Vaga tu risa limpia por los cañaverales
con un sabor a fuego cribado en las raíces,
tu carcajada inmóvil crece en lo que no dices,
y el hollín provinciano encabrita las sales
de mis labios, cansados de asirse a tus breñaes.
Si dejas de mirarme así, con esa herida
como el filo tan verde de la hoja, no es mi vida
este ojo de una cámara, ni soy más los pequeños
botones de tu traje, saltando, esos dos sueños
de la luz que se ríe negra y blanca, zurcida.
Sígueme conversando sobre el jugo tan fino
de las cañas quemadas, cómo el cielo es seglar
y cómo es la blasfema circunstancia del mar,
háblame bien, bien alto: ¿cuál otro corcel vino
después, mucho más blanco, y te alzó a tu destino?
¿Qué olvidos evaporan un azúcar tan firme?
No te muevas, Martí, o vas a desdecirme.
Nunca se apague el cruel verdor donde palpita
la seda negra de este silencio que en ti grita
profundas carcajadas, o empiezas a morirme.

Francis Sánchez

(Ceballos, 1970)

y en lenta baba revolverse.
Baja, buscándole en el bosque
cubil seguro en que esconderle:
huye hasta el bosque el capitán,
pero tras él corre la Muerte.

Un mozo de dorado bozo,
de verde tronco y hojas verdes,
derrama en el viento su voz,
llora por la sangre que tiene.
¡Ay, sangre (sollozando dice)
cómo me quemas y me dueles!
El capitán huye en un grito,
pero tras él corre la Muerte.

Quien de sus rosas amorosas
le regaló la de más fiebre,
teje una cruel corona oscura
y es con vergüenza como teje.
Le resplandece el corazón
en la gran noche de la frente;
huye sin verla el capitán,
pero tras él corre la Muerte.

En medio de las cañas foscas
galopa el hirsuto jinete;
va con un látigo de fósforo
y el odio cuando pasa enciende.
Jesús Menéndez se sonríe,
desde su pulmón amanece:
huye de un golpe el capitán,
pero tras él corre la Muerte.

Nicolás Guillén

(Camagüey, 1902-La Habana, 1989)



ISLEÑITO Y CRIOLLA BAILAN BIEN

I

Hubo una vez ... génesis hubo
de caos a simiente,
obra del monte, de la mar el parto,
sudor en la sorriba,
choza, pared y huerta, gofio y vino.

II

Un caracol pegado a su lindero
viviría

hasta que el seno mártir,
desgarrado en quejumbre de raíces,
fuera lágrima rota, muchas, una,
un solo haz desarraigado a secas.

III

Mucho después, a un largo mes de vela,
jinete en penco, pensativos ambos,
buscan las onzas de oro,
las de pies de venado. Al guano pide
techo de palma real,
los pasos del silencio al trillo intacto,
savía al árbol dual y tierno
como es tierno libar el colibrí
diamantes de la niebla en los cogollos.
Pero fiestas de sol en nubes de allá lejos
buscan, logran, escancian
la copa, la soñada
para la boca ingenua
del gran cañaveral y el breve arroyo,
verdores que urden red de embrujo verde
con que lazar dos mundos.

Modesto San Gil

(Islas Canarias, 1922. Reside en Chambas)

La gloria es una broma insistente y corrosiva
sobre las callejas de guijarros que desandamos,
donde a veces no se puede discernir ningún destino
y las palabras se confunden en la boca,
son un cardume que sale de nosotros
para posarse en un predio
que siempre habrá que desconocer.

Porque no hay estaciones,
el paisaje envejece a cada estertor nuestro.
Y solo nos queda eso,
la ceniza, José Luis,
toda la absurda ceniza de los ingenios.

Edelmis Anoceto

(Santa Clara, 1960)

LO DULCE DEL AZÚCAR

Algo más sano que el azúcar, la herida
que se fija en los dientes.
Algo más elemental..., y humano.

De todo se aprende. Cada día
como una vuelta a la otra mitad,
simplemente algo
que deja de importar
y se deshace. Algo más sano.
Una piedra de más.
Un óxido que puede
cercenar de una vez, y para siempre,
lo dulce del azúcar.

Algo más elemental, más fácil.
Vivir de la arena, de la punta de metal
que siempre existe

descomponiendo en piezas los insectos luminosos,
sin ser percibido, solo andar descalzo
cuando ya es tarde para salirse del ruedo,
asediar el olor de la fruta un domingo cualquiera
en que el polvo no es otra cosa
que una palabra estancada en los portales.

Sobre las tumbas el enfermo descansa,
entre los crucifijos y las lápidas,
saltando esos obstáculos,
y no hay un solo gemido que despierte
a quienes no comprenden su premura
por escapar, salirse de una vez,
contra los siglos que cuelgan de las paredes
goteando su poca fertilidad.

Su casa pudo arder,
ser una víctima de sí misma,
pero al prófugo no bastó un sitio donde sucumbir
tras las promesas de las novias de un día.

Allí, donde nada es confesable,
los ruidos de las noches se juntan con los rostros
y el aire está cargado de poemas temibles.

Es cierto que de pronto la lluvia no parece
aquella melodía que anuncian las noticias
y las espinas llegan hasta el lugar más íntimo.

Es cierto el polvo,
cierto también el tedio
sobre un mapa con mercados, necrópolis,
iglesias, funerarias, santuarios,
templos, campanarios, morgues.

No hay tiempo para el dolor después que se despierta
de esa cruzada en que no fue posible encontrar miel,
una fuente para el consuelo.

¡ESTÁS VIVO!

¡Estás vivo, Central Punta Alegre!
Humo, amigos, aula, iglesia, parque.
La melífera caña de azúcar
mi jugosa merienda; en las tardes,
caballito fantástico verde
sobre nubes, montañas y mares...
Besos, magia, color, fantasías
desgranaban solícitos padres,
y el sudor..., en sonrisa de obreros
con dorados granitos brillantes.

Entre blancas espumas, los sueños
escondí en una concha de imágenes
por la playa imprecisa del tiempo.
Hoy, las torres de altivo carácter,
mudas, huérfanas, abandonadas,
misterioso nidal de rapaces
que depredan a párvulas alas
al violar el espacio del hambre.
Es el patio de vagones férricos,
pastizal y herrumbroso desgaste.

Larga ausencia de máquina y rieles,
terremoto de compases graves
aún retumban en los pies descalzos
de mis ferrocarriles mentales.
¡Ay, qué enorme panal se ha secado!,
un zumbido de abeja en las calles
van libando jardines de otoño
cual silente cortejo de ángeles.
El salitre en la brisa, pasea,
sin besar a dulzura en sus márgenes.

Protagónico, espiga el poblado,
cada obrero amanece estudiante.

Quienes daban el punto al azúcar
son puntistas en las Facultades,
semilleros de ideas e industrias
que armonizan familias y hogares.
¡Estás vivo, Central Punta Alegre!
Esa concha que guarda tu imagen
da en las noches, aromas de ingenio
a los niños felices que nacen.

Joel Lozada Mayo

(Punta Alegre, 1946)

VOLVER DESDE SÍ MISMA

*Yo seré para ti como caña quemada,
que incendia el sol y el enemigo afrenta,
y es la primera que el molino muele.*

ALFONSO CAMÍN

Mi padre y yo la vimos desde la lejanía.
Portentosa desafiaba aquellos tiempos
los tiempos en que el holocausto
sólo dejara sus pies clavados en la tierra
luego resucitaba esbelta
con su estirpe primigenia.
Nos acercamos hasta encontrar su corazón
la savia inmutable.
Húmedos y dulces quedaron nuestros labios
ahora incapaces
de volver a maldecir.

Martha Núñez Prieto

(Ciego de Ávila, 1953. Reside en Camagüey)

una sola vez al año,
Imaginar: forma de reunir imágenes que a otro pertenecieron
y en otro se diluyen.
Yo estuve allí en calidad de hombre que no ha visto nevar,
bajo la bombilla que se enciende los domingos
una familia esperaba cierto permiso oficial
que no necesitan las aves para su migración perpetua.
Nadie me lo contó, el tren que por allí pasaba
no era de los que viajan entre un París postergable
y el siguiente.
Sería un tren para sufrir en silencio
cual una película demasiado sentimental,
sería yo el personaje de Esquilo que acomodaba sus piernas
por entre sucios equipajes
y personas que parecen animales a la luz del día.

Ingenios, Centrales, pocilgas al amparo de la retórica
y los yerbazales infinitos,
nada que dar a quienes regresaban de las extrañas guerras
que se olvidan al pasar los días.
Muchachas de labios prescindibles me besaban de cuando en cuando,
y a eso le llamé *la felicidad*.
Ingenios decimonónicos o Centrales
si prevalece el lenguaje figurado.
O la aldea, esa estructura de gorriones sin migajas.
O la crisis, palabra que no define bien el *Larousse*.
Habré de volver un día pero no estoy muy seguro.

José Luis Santos

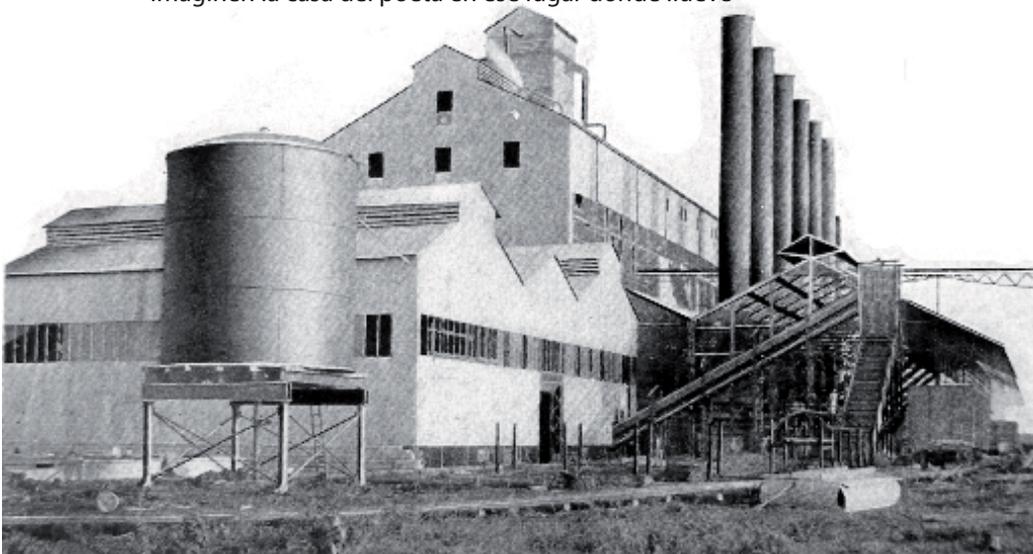
(Cifuentes, 1968)

ES CIERTO JOSÉ LUIS SANTOS

[...] *lo que es vivir en un ingenio*
J. L. S.

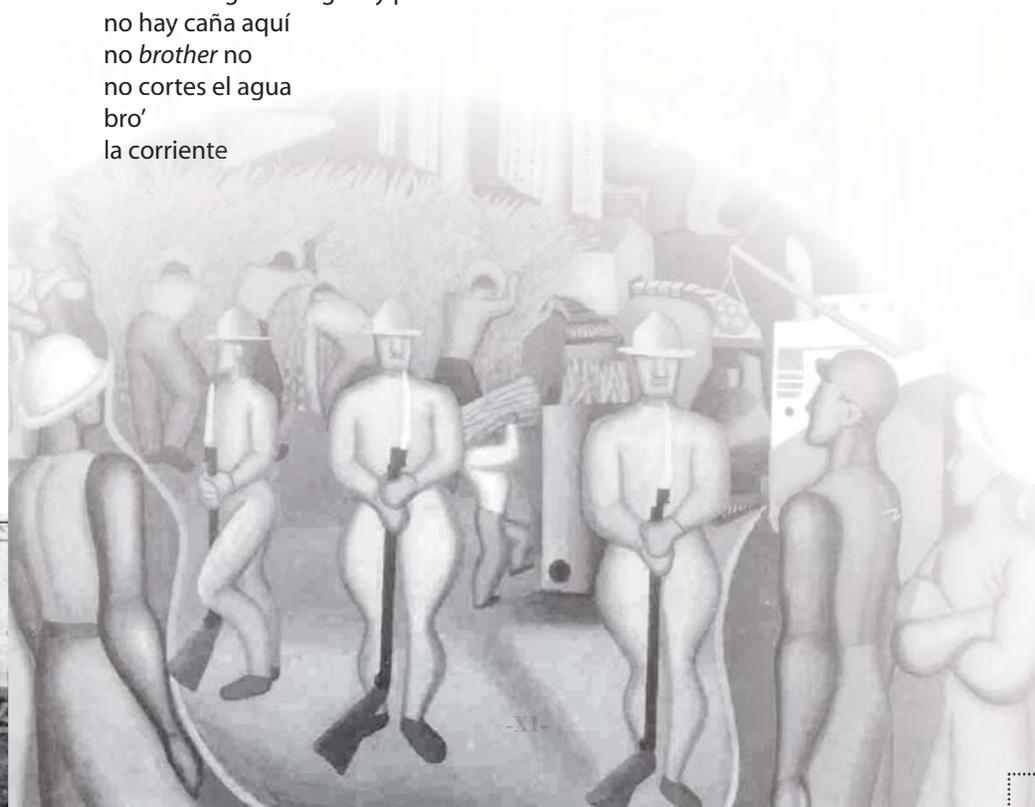
Yo sé el viajero que carga con su infierno,
su pedacito de sombra accidentada,

si acaso a los insectos finiseculares que llaman *La Plaga*.
Ingenio no es palabra que conlleva a pensar en jazmines,
no tiene significado plausible para quien camina
por un noviembre de la penuria dando la mano a su hijo.
Mejor andar ebrio que asirse a un término
que nada simboliza,
dirá un rostro de mil novecientos noventa y tantos,
ojos sin permanencia como la primavera.
Si alguna definición me pidiesen diría
el rostro fue copiado de una estampilla de Cristo;
no importa la distorsión que se genera al imitar un dibujo,
Cristo debió sufrir lo mismo que este hombre
delante de su cerveza ríspida.
No hay mucha diferencia,
Central es una palabra muerta, echada del lenguaje,
se recuerda su dulzor mínimamente y a veces
ni se recuerda.
Un héroe presta su nombre intemporal
a un montón de casas en menguante.
Debió ser un héroe que estuviera en la *Iliada*,
debió decirme qué triste tu café de por las mañanas muchacho
(héroes al fin piensan que con dejar el nombre
es más que suficiente).
Imaginen la casa del poeta en ese lugar donde llueve



CAÑA DE AZÚCAR

no se pue' cortar
cortar la caña
azuca' en chicago
sacarla de raíz
pa' pintar dolor en
las piedras blancas frías
de la gran ciudad descarna'
solares en chicago
mansiones en el agujero
derrumbándose
en la memoria de los viejos millonarios
las paredes pandilleras cayéndose
tomadas por malezas
ahora a cargo de negros y pobres
no hay caña aquí
no *brother* no
no cortes el agua
bro'
la corriente



no puedes no se pue'e cortar
cortar los hilos de sangre
de este cuerpo isleño
cada isla soltando las cadenas
no no
no se pue'e cortar
pan con ajo quisqueya
cuba y borinquen no
se pue'en parar

la vi
vi a áfrica negra
en la ciudad
caminando por chicago y
la cuba cuba
gritando en el solar
la vi
vi a quisqueya
brown
en el norte
llorando en chicago
y borinquen
bro'
sin un
chavo igual pero
no hay caña aquí
no *brother* no
no cortes el agua
bro'
la corriente
no puedes no se pue'e cortar
cortar los hilos de sangre
de ese cuerpo isleño
cada isla soltando las cadenas
no no
no se pue'en cortar
pan con ajo quisqueya

-XII-

para ilustrarse en la faena de las redes?
El machete dormita en el armario,
su exclusión le obliga al abandono
reconoce que aún rinde en su vejez,
pero le fuerzan a entregar los hierros,
desarmarse
en el obligado ultimátum del presidente
con su forzoso ahorro, que cercenó la historia.
Los oficios no orientan estrellas
un carcinoma ataca los rieles,
invalida el silbido del humo
que acompañó el café en las coladeras.
La casa baja de peso en la caída de los granos.
Aburridos de mirarse,
los matrimonios se disuelven en alcohol sin destilar,
la ruina es una celebridad de galerías,
la última gota de melado se fermentó con el óxido,
están de luto los balcones y farolas,
en la iglesia una oración pide semillas,
la maleza y los hurones descansan del fuego.
La torre tiene una grieta, llevarán los ladrillos
a ser parte de otra casa, una donación obligada al fallecido.
No le permiten la muerte límpida.
Ya no rinden monedas sus vigas,
ya no hay dulce verde que vivir.

Masiel Mateos

(Morón, 1968)

EXPLICO A EDELMIS ANOCETO LO QUE ES VIVIR EN UN INGENIO

Ingenios decimonónicos o *Centrales*
si prevalece el lenguaje figurado.
No hay mucha diferencia si te fijas bien.
Los maizales viven fueran del poema como es lógico,
pero sus mazorcas supuestamente doradas
no pertenecen a la bonanza,

-XVII-

tantas veces violada por el viril pitazo;
otras
—con esos nombres que recuerdan primas cómplices—
parecen todavía despedirse
con un mismo pañuelo
que enlaza caseríos incesantes.

Las de Oriente no ocultan
cierto cansancio alegre
que es también más camino
más ron
más alta tierra.

Dígalo, Juana,
ahora
ya tiene vía libre
que morirá en su puesto,
como cediendo andén a un coche de semillas,
cuando la ciudad amenazada
corra el peligro de perder a sus trenes.

Amado del Pino

(Tamarindo, 1960. Reside en La Habana)

UN OXIDADO HIERRO SIN AZÚCAR

Un oxidado hierro sin azúcar entrega sus nostalgias.
Degradado el acero, cae.
El musgo lo acoge en el hormigón.
Demasiada muerte resguarda al emporio
prevé que a la alborada variaremos los oficios,
porque nuestras ásperas manos no adivinan
cómo llenar las cazuelas
con un estipendio imposible para el alivio de la casa.
El aprendiz recibió una sola lección.
¿Qué artimaña usará para afianzarse la paga
si está muy lejos la mar

cuba y borinquen no
se pue'en parar
azúca'!

Achy Obejas

(La Habana, 1956. Reside en EE. UU.)

EL RESPLANDOR DE LAS CAÑAS

*Su muerte fue una secreta
victoria. Nadie se asombre
de que me de envidia y pena
el destino de aquel hombre.*

JORGE LUIS BORGES

A Jesús Menéndez

Entre cañas tiembla la esfera silenciosa de la tarde.
La bala última zumba en el viento, en las puertas y los umbrales.
Debajo de los rieles en la tierra de este andén que ahonda el poniente.
Tempestad que alimentó a los cuervos sin saber que serías pasto agua
clara,

sombra intrincada en la memoria,
vino antiguo cargado de eternidad,
duelo infinito de la muerte.
Gigante que resuenas sin ningún viento dorado,
alada bandera del árbol que vive, clama, arroja, aroma
de preñadas flores.
Tú conoces la luz de la inocencia.
El último eco de la postrer campana,
sorbo a sorbo bebiste del transparente fulgor bajo un azul montañoso.
Ojo eterno para un mundo estremecido
que se dilata más allá de su propia apariencia,
tenso como un seno henchido de pasión ofreces tu curva al mundo.
Fuiste la morena faz de una luna ultimada de esos rayos de luz
que conocían las formas de la planta desnuda,
el perfume invisible que deja la gota de rocío,

virgen sobre dos alas
y el embriagador néctar de las cañas abiertas.
No es la imagen del viento resplandor de un beso pasajero
son las garras poderosas que detienen la tarde
arrojándola en hondas donde los cuerpos heridos
en amasijo caliente, puro se dilatan.
Eres la verdad modesta, profunda, por ella hablamos
con palabras de noble corteza
por ella podemos cantar hombre de paz,
por tu clamorosa vida tu sonrisa blanca.
¡Oh, por esa luz que emana de tu pupila
y desde esa tarde extrema cruje!
¡Ah hombres tarados cruentos que doblaron tu pecho!
¡Ah vendaval sin fin!
Creciste en aquel día último con voz de pueblo
y esta tierra leal bajo tus pies arde, brilla
un sol de lentísimo amor arroja la viva palabra.
Los ecos resuenan en las gargantas desnudas
es más que yunque, martillo, hierro en hondas
para los pueblos que esperan el confín de la palabra.
Hombre puro que muerto o vivo estallas.
Vuelves hecho lumbre de la vida.

Vivian Vila

(Florida, 1956. Reside en Ciego de Ávila)

NIÑA CON TRENES

Vuelva a decirlo, Juana,
que le gustan los trenes
como un novio brevísimo
siempre dispuesto a regresar junto a su niña,
una niña sin mar, pero con trenes.

Todos tienen su espacio para la ciudad
pueblo de tierra adentro
donde crecen las piñas
y pasan intranquilos
los hombres,
los caballos,
la procesión sabrosa del azúcar,
los amantes en fuga,
las noticias.

El tren
da tiempo a las ventanillas descubrirse:
unas traen la soledad de la llanura

